

*Manuel Avís*

# TIEMBLAS EN EL VERANO

*PRE-TEXTOS*

*NARRATIVA*

Nuestras vidas son Suizas –  
Tan calladas –tan frías–  
Hasta que una extraña tarde  
Los Alpes olvidan sus cortinas  
Y vemos más lejos.  
*Italia* está al otro lado.  
Mientras como un guarda en medio –  
Los solemnes Alpes –  
Los Alpes sirena  
Se interponen eternamente –

EMILY DICKINSON

Sueño con un mausoleo redondo en forma de cúpula  
atravesado de parte a parte por los amantes yacientes allí  
enterrados [...] Imagino que cada mañana quieren de pronto  
extraerse de la piedra, e imagino que se besan con fuerza, que  
sus cuerpos enlazados, el uno sobre el otro penetrados, hacen  
de proa al monumento.

HERVÉ GUIBERT, *El mausoleo de los amantes*

Y podemos poner centinelas que vigilen nuestros afectos  
y nuestra constancia como podemos hacerlo con otros tesoros.

GEORGE ELIOT, *Middlemarch*.

ALCANCÉ el libro de la biblioteca del salón movido por un impulso. Había olvidado que en algún momento compré aquellas cartas. Me gustó volver a sentir el tacto de la cubierta de la colección *blanche* de Gallimard. De entre las páginas aparecieron dos fotografías tomadas en el mes de mayo de hacía cinco años. Eran la prueba material de mi relación con H., el resto de algunos meses en que este hombre joven, estudiante como yo, sitió mi vida. Ver de pronto aquellas dos fotografías olvidadas allí, entre las cartas de Proust, me hizo salirme de mí mismo y, desorientado, me imaginé gritando, golpeándome con fuerza contra la puerta de cristal.

Vuelvo a respirar la paz y la claridad helada del lago Lemán.

Vuelve a mis labios la primera línea de mi tercera novela: *no sé nada de mi corazón abierto*.

Vuelvo a sentir a H. en la cama, abrazado a mi espalda.

El hombre que pervive y respira tras esta inicial, tras la sombra de su nombre impronunciable ahora, compraba con avidez libros de viejo. Apreciaba las encuadernaciones antiguas, de vivos colores. Leía con pasión.

Una mañana hacía demasiado frío en Lausana. Me dio uno de sus jerséis. Lo llevé puesto todo el día. Su olor cálido y seguro pegado a mi cuerpo.

Ya no sé si sus ojos eran claros u oscuros. He pensado hoy en ellos cambiándoles hasta tres veces el color.

Su barba, no muy espesa, recortada, me arañaba muy fuerte al besarnos. Vuelvo a percibir el hormigueo causado por el vello en los labios, humedecidos, asombrados.

No consigo volver a ver de forma nítida su sexo. Sí alcanzo a recuperar la vaga sensación del dulzor de su esperma. Su calor, su tacto húmedo.

Sus dedos son delgados. Es inteligente. Cree en un tipo de vida en que la lectura es una salvaguarda. Es irónico, mordaz, reflexivo. Pero toda esa ironía, su

capacidad para bromear, no son sino el apoyo de una coraza, su herramienta para confrontar lo social. Más adentro, en la intimidad de su cuarto, es un hombre más pausado, y se permite la prudencia, una independencia pura y orgullosa, extraordinaria, porque le convierten en alguien que piensa por sí mismo.

Estamos tumbados en la cama de su dormitorio en Lausana. Permanece el vaho en el cristal de las ventanas que nos protegen del frío de esa noche suiza, insomne y de un azul como no he visto nunca (aquí la oscuridad no se sofoca, es transparente, noble, prusia y oro).

Vuelvo a la red de aquellos gestos cruciales. Hundir la cabeza en su pecho. Oler la correa de cuero de su reloj. Rozar sus muñecas. Darle la espalda, apoyarla sobre su cuerpo, cerrar los ojos. Está besando mi nuca.

\*\*\*

El tiempo se ha sacudido. La escritura puede situarme tan cerca como entonces de aquel dolor, aquella brecha irrenunciable. Pero con una salvedad: ahora sé que no me ahogo. Cada frase, cada imagen, puede componer una pieza autónoma donde la claridad me concede aquella pequeña memoria como un túnel de luz, una prueba de paso.

Siento que atravesar un libro como este podría arrancarme de la muerte. Ayudar a desprenderme del recuerdo de aquel desgarró. Llevar conmigo este recuerdo me merma, me hace mortal. Escribirlo, volverlo leve, casi invisible, robustecería mi salud, mi capacidad de resistencia.

Mi felicidad con H., breve, en vilo, fue pronto un desastre. Habitar de nuevo aquel tiempo, y aun así seguir respirando, ¿no sería la promesa más firme de vida, una victoria? Es una idea extraña. Creo que ponerme en riesgo, escribirlo, volver a lanzarme desde las rocas, puede recompensarme.

Muy cerca –pronto me ocupa–, intuyo una fuerte oleada de placer, un placer delirante, exigente, arrollador. Confesarse de este modo es inmolar una parte de mí mismo.

Mi dolor sería un texto palpitando en la noche, cada noche, como el animal que uno cuida tras liberarlo de una trampa. El dolor de otro.

\*\*\*

Ocupa mi mente una íntima sensación física, el instante en que alguien te penetra. Esa punzada de dolor; como si ahí, en ese acto, en esa entrada del sexo del otro en ti, estuviera contenida una verdad absoluta,

una asunción. Como si esta experiencia dejara la marca de un sentimiento inigualable, creerse realmente sumido en una persona, hundido a plomo en el cuerpo de otro, la vida de otro, el empeño y el ansia de otro, y todo ello te resguardara, te brindara la suerte de disolverte, y creer por un tiempo breve que no estás solo, que no volverás a estar tan solo.

\*\*\*

La emoción de un amor, un amor desatento, mudo, irreparable, no volverá a invadirme como sí pudo hacerlo al alcanzarme cuando tenía veinte, veintiún años. Lo terrible no es que el tiempo pase, sino saber que algunas emociones no volverán a sentirse del mismo modo. Ser consciente de todos los escenarios perdidos. Marcel Proust consideraba que el amor que alguien nos provoca hace remontar a nuestra conciencia aquellas partes más íntimas, más lejanas y esenciales de nosotros mismos. H. dibujó un claro arco de acción en mi vida: amarle me hacía convertirme en otro, una persona más rica en entusiasmo y en fuerza, y al perderlo, su abandono clavaba en mí el sentimiento de lo irreparable, la catástrofe de su imposibilidad, un sueño de muerte y tristeza.

Deseado, perseguido, encontrado, respirado, arrancado, ensoñado y hecho libro. La visión de H. ha sido un

nido de metamorfosis. Convivo con todas las escenas. Y siento que es imposible agotar su significado. Amurallan mi vida.

\*\*\*

Algunos recuerdos persistentes le bosquejan y no puedo deshacerme de la imagen que me devuelven de él. El eco de un eco. La huella cruel y marchita de una persona que encarnó mi mundo y, más que eso, la idea de un porvenir.

Su flor favorita era el tulipán. Me hablaba de tulipanes. De las floristerías en las que compraba ramos de tulipanes en Madrid. En ese momento, yo nunca había tenido esta flor en casa. Aún no había instaurado la necesidad de contar siempre con ramos de flores frescas. Mucho después, cuando H. ya había desaparecido, empecé a comprarlos, y aún, en algunos días difíciles, cuando pierdo el ánimo, los tulipanes me siguen trayendo a la memoria su recuerdo malparado. Escribo estas líneas el 20 de octubre de 2022. Es un día frío y lluvioso en Madrid. Al salir del trabajo he pasado de largo la boca de metro y he seguido adelante. Hay un pequeño quiosco de flores en la calle Ortega y Gasset. He comprado un ramo de tulipanes rosas. No podía soportar la idea del fin de semana en casa sin flores, y pese a la lluvia, el peso de la mochila, la bolsa de

la compra, he seguido caminando hasta alcanzar el quiosco. Justo después, el mero hecho de llevar el ramo de papel de astracán, los tiernos capullos cerrados, me han devuelto a la memoria de H., un amargo sabor a hierro en el paladar. La vida parecía dividirse entre el desgarrar o la escritura.

Hacía mucho tiempo que no pensaba en él. Ha sido este día de lluvia. Son estos tulipanes, la sensación de belleza y dolor que me provocan, el rostro de H. golpeándome la vista, un rostro que recuerdo, sueño e imagino –tantas son las lagunas, los gestos que ya no puedo ver–, los que por primera vez me han llevado a experimentar unas ganas violentas de escribir sobre aquellos meses. El libro, si finalmente consigo hacer un libro de esta incitación, de esta mecha, intuitivamente, a base de presentimientos, sin estructuras o pretensiones, el libro, como digo, si llego a formarlo, habrá sido la consecuencia del efecto de un ramo de tulipanes en una tarde de lluvia.

Otros recuerdos lanzan sus redes, y tras todas las imágenes, la misma sensación de vacío y de incapacidad. H. es una ausencia. Pienso que la posibilidad de hablarle, de encontrarme de pronto con él, podría volverme loco. Tal es su poder sobre mí.

\*\*\*

Antes de H., y después, tras su abandono, nunca dejé de desear ir a recuperar en la realidad lo que el tiempo me negaba: un vínculo puro, una historia de amor feliz.

\*\*\*

Necesito contar la línea roja, el esqueleto formal de esta historia, en muy pocos párrafos. Es una manera de fijar con contundencia las coordenadas.

G., un chico con el que había salido algunas semanas, en malestar con su propio ser, con su sexualidad –pertenecía a una familia ultracatólica que estaba ya inculcando en él la infelicidad de toda una vida–, le habló de mí a H. y de la novela que yo acababa de publicar. Creo que G. buscaba limpiar su propia culpa tras haberme dejado después de dos meses con un mensaje de texto, antes de desaparecer.

H. se interesó por el retrato de ese chico que G. le hacía. Compró mi novela en España durante las Navidades, antes de regresar a Suiza –estudiaba ya allí aquel año, cuarto curso de Derecho en la Universidad de Lausana–. Leyó el libro y me contactó a través de Facebook para presentarse y decirme que mi novela le había gustado.

A partir de aquí empezamos a hablar frecuentemente. Un lenguaje afectivo, casi amoroso, se instauró

muy pronto en las conversaciones y en las cartas que nos enviábamos, además de en las videollamadas. Era obvio, incluso en ese primer mensaje, que su interés, como el mío, iba más allá de la literatura. Me gustaba esto, su juego sincero. La manera en que ligaba conmigo.

H. viajó entonces desde Suiza a Italia. Se permitía un viaje de quince días.

Coincidió que yo viajaba justo a Florencia entonces en una excursión organizada por mi universidad en el marco de una asignatura optativa: literatura del Renacimiento italiano.

H. cambió los planes de ruta y pudimos coincidir apenas tres o cuatro horas en Florencia, el mismo día de mi llegada a la ciudad. Nos vimos por primera vez en persona en mitad de la piazza de Santa Maria Novella. Nos besamos por primera vez allí.

Luego las semanas transcurrieron más ágiles, sonoras, como si su capacidad de transformación se hubiera hecho palpable, e imprimían en la piel tatuajes invisibles, que ardían y que me daban impulso. Nuestro contacto crecía y se afianzaba. Quiero decir, nuestra atención por el otro. Nuestro deseo de amar.

Viajé a principios de mayo a Lausana. Pasamos juntos cinco días.

A mi regreso a Madrid, empecé a prepararme para los exámenes de junio y mi graduación. Él me escribía menos. Decía estar más ocupado.

Entonces se arrancó de mi lado bruscamente. En julio, pocos días antes de mi cumpleaños, recibí un mensaje suyo al teléfono. No quería volver a verme. Esa noche, tras ver el mensaje, me ardió por primera vez la frente, tanto que pensé que podría perder la vista. El ardor invadía los párpados, hacía temblar algo en las sienes, como si un insecto letal se hubiese pegado a ellas.

Mi primera reacción fue llamar a mi amiga A., que recogió algunas de mis partes rotas. Fue ella quien intentó calmarme, quien me brindó ayuda cuando yo empezaba a olvidar ya –entonces no lo sabía– los rasgos más profundos del rostro de H. No recuerdo más. Todo se detiene aquí. Me tomé un tranquilizante y me metí en la cama.

\*\*\*

Un mes más tarde sentí un gran empeño por ver cuerpos. No conseguía despegarme del dolor, y en una reacción agresiva, lejos de Madrid, empecé a utilizar aplicaciones para conocer a nuevos chicos. La prueba más rotunda de la existencia era esa, que el dolor y el deseo físico se entrelazasen tan cómplices. Me hubiera sido imposible quedar con un hombre entonces. Forzarme a estar desnudo con un desconocido, no ver a H. frente a mí, era algo más que una derrota, una condición fatal, una prueba más de todo lo que había

perdido. Ni siquiera pasaba por mi cabeza. Me hubiera hecho querer huir. Sólo quería ver cuerpos, verlos a través de una pantalla. Ver rostros. Comprobar que alguien más podía interesarse por mí. Confundirme en cada imagen, en la carne, y comprobar también que el martirio de mi soledad, de mi hambre, lo padecían con mi misma urgencia otros.

H. veraneaba en el pueblo extremeño de su padre, muy cerca del lugar donde yo nací. Verlo en la aplicación, su fotografía –la misma que yo le había tomado en Lausana–, me paralizó. Nos habíamos despedido el pasado mayo con unas ganas inmensas de reunirnos a su vuelta, y ahora, apenas dos meses después, estábamos más cerca que nunca, a apenas veinte kilómetros. Sentí una punzada de dolor más intensa, un desgarró como ningún otro. Después de soñar una vida con él, de sufrir su distancia en otro país, ahora que todo era tan fácil, tan natural, y parecía tan justo encontrarnos, ahogaba con sus propias manos la oportunidad. Arruinaba nuestra recompensa. Ver la fotografía que le había hecho en Suiza, de pronto allí, en la aplicación, a través de la pantalla, volver ahora a ese instante, a ese infierno, su proximidad tras el abandono, me desgarró. No puedo retener con palabras, señalar siquiera la cepa de este dolor. Es el punto ciego de esta historia.

En la “Oda a Walt Whitman”, Federico García Lorca escribe un verso que entonces me repetía sin parar,

porque mi propia suerte lo hacía significar. Ese verso era mi credo. El reflejo de cuanto sentía: “y la vida no es noble, ni buena, ni sagrada”.

Después del día en que H. me escribió que no quería volver a verme, atravesé un tiempo roto, los primeros síntomas de una depresión que me impide seguir recordando con claridad.

\*\*\*

Pero el dibujo a lápiz de un barco de vela me sigue salvando de la desesperación.

Una escritora a la que quiero, Ana María Matute, pasó muchos años deprimida. Hace poco salió a la luz su *Diario negro*, un sobre en el que guardaba las notas con algunos pensamientos de esta difícil etapa, consignados entre 1973 y 1979. Creo que pocos escritores han podido recoger en apenas doce caras un retrato más contundente, honesto e íntimo de la depresión.

Un fragmento del *Diario negro* me lacera:

Me acuerdo de aquella tarde muchas, muchas veces. Jamás he sentido un amor tan violento, tan evidente, yo “veía” mi amor. Casi se podía tocar. Me acuerdo mucho y él nunca lo sabrá, nunca se lo he dicho. Él ni sabía que yo le miraba. Esta clase de secretos son como lámparas escondidas.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTE LIBRO  
EL DÍA 17 DE NOVIEMBRE DE 2025